

catwoman



La chica sonreía con el descaro insolente de Lauren Bacall. Su melena corta, rubia, con el flequillo matizando el arco de sus cejas, no hacía más que acentuar la verde perversión de su mirada.

En el pub, siempre lleno a esas horas, sacaba un cigarrillo de su pitillera como quien desenfunda un revólver. Luego lo apoyaba en su boca sin encenderlo y lo dejaba allí unos minutos, columpiándose sobre el precipicio borgoña de sus labios.

Sabiendo que la noche era suya, esperaba a beber su copa para encenderlo, en su mesa del rincón, bajo el cartelito de prohibido fumar. Luego exhalaba la primera bocanada, ladeando un poco el rostro, con la sublime intensidad con que otros expiran su vida.

Todos los hombres del local contemplaban fascinados la serpiente de humo enroscarse ante ellos, agitando su cascabel blanco, hasta desvanecerse. Oculta tras el parabán de niebla la mujer afilaba sus uñas bajo la mesa, astillando la madera con la sumisa y felina ferocidad de una gata salvaje.

chequeo



Llevaba toda la mañana en los pasillos. Un chequeo de rutina, uno de esos que, curiosamente, hacen que tu rutina salte por los aires. Un análisis, una placa y un vale para un bocadillo. Podría haber sido el planazo del siglo, se dijo, bromeando; al menos le distraería de pensar en ella por unas horas. De modo que, cuando tras la primera prueba, la enfermera salió para decirle que *resultaba conveniente* repetir la placa, el piloto del miedo se encendió en su interior. Cuando varias pruebas y horas más tarde, entró en la sala de reuniones y vio a los doctores consultándose, temió lo peor. Uno de ellos, con un acento que no reconoció, dispuso las radiografías sobre un panel de luz. Las placas mostraban su aparato respiratorio atiborrado de grafitis con el nombre de ella. En pruebas posteriores, habían descubierto un poema de amor en perfectos endecasílabos incrustado en las vértebras T2 a T5 de su región dorsal. Alarmados por los resultados (y por la perfección de la rima), decidieron pedir más pruebas. La tomografía axial reveló una imagen tridimensional de sus labios en su lóbulo frontal. El contraste sacó a la luz el dibujo de sus pupilas en las paredes ventriculares del corazón. La resonancia magnética solo hizo que su amor vibrara en todas las habitaciones del hospital.

memofilia



La herida había comenzado a supurar semanas antes, sin previo aviso. No podía decir si era grave o no, porque no le dolía, apenas un leve escozor. Lo primero que hizo fue poner una gasa ligera, transpirable y coger cita con el dermatólogo. El día anterior, cuando se cambió la gasa, vio que pegada a ella había ciertas manchas que, bien miradas, se descubrieron palabras, formas que en un principio atribuyó al azar pero que al poco reconoció. No podía dar crédito a sus ojos, pero estaba claro: estaba supurando recuerdos. Sin valor para presentarse ante su médico de esa guisa, consultó un homeópata del barrio, especialista en enfermedades raras, quien le dijo que debía confiar en la sabiduría de su cuerpo, que había decidido expeler, como cuerpos extraños, jirones de su pasado. Consciente de que la disciplina era fundamental para la cura, cada noche limpiaba la herida y cambiaba la gasa, que rezumaba un olor agrisado a memoria y betadine. En contra de los consejos de higiene, optó por guardar los vendajes, algo sucios y deshilachados, tal como salían, en una cajita que procuraba mantener aséptica. Su cuerpo los expulsaba, pero su memoria no sabía desprenderse de ellos. Vivía con el miedo de que el pasado infectara su presente o que el presente gangrenara su pasado.

suplantación



Al poco de nacer se dieron cuenta de que el niño no salía en las fotos. No es que saliera mal, es que, literalmente, no salía. Ni álbum de bautizo ni marquito de regalo para las suegras.

De su madre, que ocupaba su tiempo en el invernadero familiar, fue la idea de poner una plantita en su lugar, algo que ocupaba francamente poco y daba una nota de color a las fotos.


La idea se reveló todo un éxito y al poco nadie quiso quedarse sin su foto con el niño; especialmente en primavera, cuando salían unas imágenes preciosas.

Con el tiempo, ya crecido, el hombre se deleitaba mostrando los álbumes a sus amigos. Allí estaba él en su época de orquídea. En la comunión, con aquel traje de rododendro (cómo olvidarlo). En la plenitud de su adolescencia, de helecho escocés.

A veces, señalando la plantita, levantaba una mirada incrédula hacia su madre y le preguntaba:

– ¿Mamá, de verdad yo era así?

alta pasión



Al principio de su relación, cada vez que intentaban hacer el amor una sacudida brutal los lanzaba a metros de distancia. Habían probado todo y de todo. Botas de goma, tomas de tierra, diferenciales, magnetotérmicos, expedientes que a duras penas mitigaban el voltaje alterno de su pasión. Su apartamento, reacondicionado con suelo de parquet y fibra de vidrio, siguiendo la normativa europea en aislantes, no había conseguido evitar que de la sobretensión de sus besos saltasen chispas; de algunas caricias, latigazos que hacían añicos los fusibles del condominio. Sometidos a estudios en laboratorio, un ingeniero electricista turinés conjeturó que se hallaban en una fase de su romance donde su cuerpo cargaba de electricidad las partículas de su sangre como quien carga un revólver y que, a través de sus poros, los picos de tensión estallaban en kilovatios de fervor carnal. Sin saber cómo evitarlo, su deseo se había convertido en el mejor conductor.

A veces, ajenos a las amenazas recibidas de las compañías eléctricas, follaban desnudos por el suelo, los días de tormenta, envueltos en una corriente continua de amor. Entonces la casa se iluminaba como un neón, los ascensores del barrio se detenían y se cargaban todos los móviles.

wordstock



No tenía palabras para describirlo. Literalmente. Su distribuidor le había dado un plazo de entrega de 3 semanas y su cita estaba prevista para dentro de dos días. Había intentado retrasarla con excusas inverosímiles, pero de nada había servido. ¿Cómo se lo iba a explicar a Julia?

Por primera vez en su vida había llegado a ofrecer una fortuna por ellas y, por primera vez, había escuchado en la voz de su proveedor lo más parecido a un sentido pesar. Ni siquiera podía dudar de su buena fe, porque le constaba las gestiones ímprobables que había desarrollado en los últimos días. Hasta había negociado con una empresa de traslados por sí, entre los cajones de algún mueble de estilo olvidado, hubieran quedado aprisionadas algunas de las que tan vitalmente necesitaba.

Todo se reveló inútil. Varios concursos de cartas de amor, sumados a innumerables *blogs* de poesía juvenil, habían acabado por reventar el inventario. Ni «preciosa» ni «te amo» ni «mi vida». Ni siquiera *la palabra*, Roma al revés, quedaba disponible. Todas acabadas, hasta las importadas de China que, a pesar de su precio asequible, nadie consiguió entender.

alguien



La sirvienta, como todas las mañanas, lleva la anciana a la silla que ocupa el rincón de la ventana. Bajo el contraluz de los visillos, la mujer apenas distingue formas, márgenes difuminados, como a través de una placenta. Es una silla de mimbre, casi inservible, que su hermana le trajo del pueblo, de tanto que le insistió. Son apenas unos metros que la vejez, ya sin prisas por llegar a ninguna parte, hace eternos.

La chica, una ecuatoriana que la trata con el cariño que nunca le dieron sus hijos, le cuenta historias de su familia mientras le cepilla el pelo. Anécdotas de parientes y ciudades que ya no existen más que en el pasado, a miles de kilómetros, con un acento que la anciana cree recordar, pero que en realidad no recuerda.

De vez en cuando la mujer sonrío agradecida sin saber por qué, mirando insomne hacia la luz, posando para una foto desenfocada.

un lunes cualquiera



Echó mano al bolsillo para sacar la monedita del café, pero en su lugar sacó las llaves del coche.

Las miró como si las viera por primera vez. Era un llavero enorme, desproporcionado. Con tanto metal calculó que para deshacerse de ellas deberían dismantelarlas en unos altos hornos o en un astillero. Se preguntó cómo podían caber siquiera en el bolsillo de la cazadora. De repente un gesto tan ramplón y cotidiano como sacar las llaves del bolsillo se le antojó deforme, incomprensible.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no había máquina de café en el pasillo.

A decir verdad tampoco había un pasillo. Al menos no el de su oficina. Levantó la mirada. Aquello era un parking. ¡Qué carajo! ¿Había caminado sonámbulo hasta allí, abrumado por el cansancio del fin de semana? El coche, pensó. Lo primero en esos casos es, siempre, llegar al coche: algo tangible con lo que restablecer contacto con Houston, la toma de tierra hacia la nueva semana.

Buscó la plaza donde había aparcado, recorriendo arriba y abajo las calles de la planta, intentando recordar el color de los carteles

sin conseguirlo. Retrocedió recuerdo a recuerdo, río arriba de su memoria como un salmón, hilvanando paso a paso ese hilo de Ariadna que le permitiese regresar a su coche, salir de ese laberinto, donde le parecía llevar una eternidad embistiendo con sus cuernos contra la pared.

«No puede ser tan complicado», se dijo a media voz, reconocería a millas de distancia la forma peculiar de su maletero, esa raya que algún hijoputa con su llave marcó en la puerta derecha, ese tono policromado que tan bien le vendieron en el concesionario.

Solo entonces tuvo la certeza de que no tenía coche.

Se sentó en la escalerita de salida del parking, la que subía hacia la calle, de la que ahora se filtraban hasta sus pies unos jirones de luz, algunas sombras irreales, voces indistintas. Quiso encenderse un cigarro. En su situación le importaba una mierda que estuviese prohibido. Un charco de aceite, ante él, le devolvió una imagen sucia e irisada donde apenas se reconoció.

Cigarro en mano saludó a Damián, el guarda jurado, que al pasar frente a él lo miró con gesto de fastidio, como si no lo reconociera.

No encontró el encendedor. Recordó que no fumaba. Llegaba tarde, se dijo.

Necesitaba un coche.

Necesitaba una oficina.

Necesitaba un pasillo.

Necesitaba un café.